

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Realismo y serenidad

Varias personas me han preguntado por qué no escribí nada sobre el desmoronamiento de la URSS y la tragedia yugoslava. Se refieren a lo ocurrido en la llamada Europa del Este a partir de la primera quincena del pasado agosto. Sí escribí, pero antes de la movida, y a lo escrito me atengo. No ha habido, para mí, excesivas sorpresas; todo ha sido bastante previsible, y lo seguirá siendo, creo.

Entiendo que lo que me preguntan es por qué no escribí sobre las repercusiones que estos sucesos han tenido entre nosotros, es decir, sobre la oleada de vertiginosas, sucesivas y hasta jocosas declaraciones de autoridades políticas, religiosas y culturales, tanto en el Principado como en el resto del Estado, y aun en el extranjero. Los paralelismos entre Cataluña y Eslovenia y Croacia, vista la trágica situación de aquellos países han sido aparca-dos, de momento, salvo por Es-querza Republicana y algún que otro grupo independentista. Pero las comparaciones con Lituania son como el Guadiana: desaparecen, para reaparecer cuando los humores viscerales empujan a la irracionalidad.

Evidentemente, no es lo mismo "ser" como Lituania, que "estar" como Lituania. "Estar" como Lituania es seguro que Cataluña no lo está, por fortuna para nosotros, y es de esperar que nunca lo estemos, ya que el futuro de los lituanos, de todos, es muy negro, y no se necesitan demasiadas luces proféticas para adivinar que a aquel país le esperan muy largos años de convulsiones políticas, económicas, sociales y también étnicas, aunque no las deseemos. Y "ser" como Lituania tampoco lo es Cataluña: Lituania era un Estado soberano hasta 1939, y Cataluña no lo ha sido nunca, a lo largo de su historia, salvo en dos breves ocasiones, como luego escribiré.

Y a diferencia de Lituania aquí no se exterminó recientemente a los judíos —en la baja edad media, sí—; se "colaboró" muy poco con el totalitarismo y el nacionalismo franquista; cosa que los lituanos sí hicieron, y mucho, con los nacionalsocialistas alemanes, y aquí no hemos liberado a criminales de guerra catalanes, porque no los hubo.

Los catalanes no somos una raza, sino una bendita mezcla de etnias, desde los orígenes del país hasta hoy. Tenemos una gran cultura que se expresa en dos idiomas: el propio, natural, nacional y oficial, ahora, que es el catalán, que ha sobrevivido a duras represiones e inexplicables dejaciones históricas, y por cuya lógica y normal oficialidad y expansión fui-



ASTROMUJOF

CULTURA, IDIOMA,
derechos e instituciones,
homogeneidad del tejido
social y tolerancia: nuestro
hecho diferencial

mos bastantes los que luchamos en los años más duros de la represión, y el otro idioma, oficial también, de ámbito estatal, pero arraigado aquí no desde el franquismo, sino desde hace muchos siglos, que es el castellano. Y tenemos nuestros particulares y antiquísimos "Drets" e "Instituciones", por los que volveríamos a arriesgar nuestra seguridad, aunque la situación actual está muy lejos de ofrecer tal riesgo. Cultura, idioma, derechos e instituciones, homogeneidad del tejido social y tolerancia: éstos son los componentes de nuestro tan mal definido hecho diferencial. Por supuesto que otras comunidades autónomas, que otros países del Estado, tienen sus propios hechos diferenciales, que hay que respetar como queremos que ellos respeten el nuestro. Hecho di-

ferencial y sentimiento nacional no son únicamente los nuestros.

Tampoco aquí tenemos minorías nacionales oprimidas, como es el caso de la minoría polaca en Lituania, cuya situación hizo primero enmudecer y luego matizar sus palabras al polaco Wojtyla, pues polacos y lituanos son católicos, pero el nacionalismo los separa, vaya por Dios. Y ahí me llegan otras preguntas. ¿Y lo de los tres famosos obispos catalanes? ¿Y la conferencia episcopal catalana? No sabía de tanto fervor católico en un país que, como Cataluña, tiene una religiosidad que está por debajo de la media europea. Creo que los obispos pueden decir, escribir y permitir que se escriban, en publicaciones que están bajo su responsabilidad, toda clase de cosas, incluso si son tontas. El derecho a la libre expresión es constitucional. Lo que resulta poco elegante, moralmente hablando, es que luego aleguen ignorancia y le echen la culpa a los redactores de sus boletines, que son "autónomos" y que, al parecer, sólo dependen de personajes tan particulares y ecuanímenes como mosén Climent Forner o Félix Cucurull. Y en cuanto a la conferencia episcopal catalana me importa tan poco como la Conferencia Episcopal española. Cuanto más recen los obispos, mejor; cuanto menos se metan con la ciudadanía, mejor. Cuanto menos

dinero pidan o exijan, mejor, y cuanto más lejos estén, mejor. Dos de ellos ya han dejado la mitra y se han ido a trabajar fuera de aquí. A ver si cunde el ejemplo: creo que a Cristo le complacería.

Sólo en dos ocasiones este bendito país nuestro, que es el que más amo, fue independiente. El canónigo y presidente de la Generalitat Pau Claris proclamó la república catalana en 1640, pero en enero de 1641 hizo nombrar a Luis XIII de Francia príncipe de Cataluña y conde de Barcelona, con lo que se acabó la independencia: fue peor el remedio que la enfermedad, ya que los franceses, al finalizar la guerra de Secesión, se quedaron con el Rosellón y parte de la Cerdeña; si llegan a ganar hoy estaríamos como en la Cataluña Norte.

Y en este siglo el presidente de la Generalitat, Lluís Companys, proclamó el Estado catalán de la República Federal española el 6 de octubre de 1934; una independencia que duró unas horas. "Con sentimentalismos no se hace buena política", decía el Tarradellas. Y con reacciones viscerales, tampoco. Más autonomía, sí, pero mejor administrada: para cada uno de los seis millones de catalanes, para todos. ●